LA B. MARIANA DE JESÚS ENSEÑA LA DOCTRINA CRISTIANA
Á LOS NIÑOS Y Á LOS POBRES

LA AZUCENA DE QUITO

ó

LA JOVEN CRISTIANA EN EL HOGAR

Es indudable que, entre la multitud de males que deploramos en nuestros días, uno de los más graves y de funestas consecuencias es la vida frívola y sibarita de la juventud.

El nacimiento del alma á la vida sobrenatural, y su desarrollo progresivo, debieran ser el objeto de nuestros anhelos; pero, hoy por hoy, las aspiraciones de la vida de la mayor parte de la sociedad, están circunscritas en este círculo estrecho y egoista: gozar y brillar en el mundo.

Apenas la joven, cual delicada rosa que comienza á entreabrir su corola, todavía perfumada de inocencia, es trasplantada del colegio al hogar, cuando ya respira una atmósfera malsana, saturada de miasmas deletéreos.

Por todas partes no halla sino incentivos para sus pasiones que despiertan y lazos que la aprisionan, seducciones que cautivan su inexperto corazón; y para contener el ímpetu avasallador de ese torrente de halagos y placeres que amenazan la virtud de una joven ¿qué vallados la resguardan? ¡Mezquinos sentimientos de honor, pretensiones de dignidad... frágiles esquifes que se rinden al empuje de entumecidas olas de las pasiones! Algo más: cierto asomo de piedad, piedad sentimental,

piedad de buen tono, piedad sin espíritu... ligeras brumas que se desvanecen al soplo de vendavales seductores.

Acosada de continuo la joven por una insaciable sed de goces; cegada por el vano brillo de falaces honores y triunfos efímeros del amor, seducida en fin por el encanto de un mundo corrompido y corruptor, se entrega á una vida muelle, á una vida disipada, á una vida sin objeto.

¿Qué sucede entonces? Que la virtud sucumbe, y esa hermosa rosa perfumada en su mañana, rica en esperanzas, se marchita prematuramente, deshoja sus tristes pétalos y muere... ¡Ay! muere para todo lo bueno, muere para todo lo grande, muere para todo lo noble, bello y generoso.

¿Quién podrá calcular las tristísimas consecuencias de semejante vida?

Pero, á lo menos ¿será feliz ese corazón? No, imposible. Semejante vida no puede engendrar sino tedios y desazones por el momento, y, más tarde, inevitables amarguras.

Por el contrario, una vida virtuosa, seriamente ocupada, una vida sostenida por el espíritu de sacrificio, que es la preparación para el desempeño de arduas é importantísimas obligaciones para el porvenir, no puede menos de labrar la dicha verdadera de una joven cristiana, volviéndola el honor de la familia, un tesoro codiciado y el encanto de la sociedad.

Mas ¡bendigamos á la Providencia! que proporciona los remedios á los males.

En sus altos designios Dios ha querido que, en nuestros tiempos, apareciera la radiante figura de la *Azucena de Quito*, derramando por todas partes el suavísimo perfume de su inocencia, atrajera con el encanto de sus virtudes é iluminara con el esplendor de sus admirables ejemplos, presentando á las jóvenes cristianas un perfecto modelo de lo que deben ser en el hogar doméstico, para que siguiendo sus huellas labren no sólo su propia dicha, sino la felicidad de sus familias y de la sociedad entera.

En efecto, Mariana de Jesús, con su vida diametralmente opuesta á esa vida muelle y sin objeto de que hemos hablado antes, ofrece el tipo acabado de la joven cristiana santificada en el hogar.

Esa gran figura moral, trazada en breves rasgos, nos complacemos en presentar á las jóvenes cristianas, diciéndoles: mirad ese modelo, copiadlo en vuestro corazón, reproducidlo en vuestra vida entera.

¿Queréis ser grandes? Alimentad en vuestra alma las generosas aspiraciones de Mariana de Jesús. Queréis ser nobles? Cultivad en el jardín de vuestro corazón las amables y nobilísimas virtudes de la Azucena de Quito.

Apenas frisaba en los doce años. Todo le sonreía en torno; su posición social era envidiable: vástago de padres esclarecidos, noble, rica, hermosa, dotada de inteligencia privilegiada, de carácter suave y corazón generoso ¿qué le faltaba para lucir en el mundo y granjearse lo que se llama un porvenir brillante? Nada.

Sin embargo, iluminada de lo alto, conoció el engaño del mundo; sospechó los grandes peligros ocultos bajo manto de flores; comprendió que su alma no podía hallar perfecto sosiego y verdadera dicha sino en el servi-

cio de Dios, por lo que resuelta y valerosa dió de mano á los halagos y vanidades del mundo.

En su propia casa se procuró un modesto retiro y vivió en medio de los suyos, preocupada solamente de agradar á Dios y santificarse.

Inútil es decir que renunció de lleno á todo cuanto forma el atractivo y preocupación de las jóvenes de sociedad.

No la busquéis en los teatros en donde con harta frecuencia cada vicio tiene su legítimo representante, y de donde sólo la virtud y la decencia están excluidas.

No la busquéis en los bailes, que son «viajes rapidísimos al rededor de infinitos peligros para la inocencia, el pudor y la honestidad». ¡Ah, no brotan azucenas en los salones de baile!

No la busquéis en los paseos y en las tertulias, en donde reinan aquella franqueza y libertad que traspasan los límites del decoro y comprometen la conciencia.

En una palabra, todo ese conjunto peligroso de preocupaciones frívolas en que tantas jóvenes hallan, á la vez que halagos seductores, profundas amarguras y atroces remordimientos, Mariana de Jesús no los conoció.

No se crea por esto que haya sido ajena á las dulces expansiones de la amistad, ó dejase de cumplir con sus deberes sociales. Nó: la verdadera amistad es dulce, amable y cautivadora y así fué fiel á Dios, fiel á sí misma, fiel á los suyos, fiel á su patria, comprendió todo el alcance racional de sus deberes y los cumplió todos con perfección.

Elegida de Dios para que fuera modelo de virtud entre las jóvenes de su edad y condición, en el propio hogar,

en medio de la sociedad, supo resolver el problema de elevarse á la perfección cristiana en medio del mundo, estableciendo el comercio íntimo con Dios, y manteniendo, al propio tiempo, las amistades imprescindibles que su posición social exigía, con las jóvenes de su misma esfera y con todas las personas que, por la gloria de Dios y el bien de sus semejantes, tenía que rozar para el éxito de sus empresas.

Vedla en la intimidad con Dios. En las horas de soledad en su habitación, y en el templo en los momentos de contemplación de los sagrados misterios y de la recepción de los sacramentos, el mundo y todo lo que hay en él desaparecían de su vista. Sólo Dios y su voz divina que resuena en el silencio y en el recogimiento profundo del corazón; sólo las inspiraciones íntimas y amorosas que hace sentir al alma desasida de lo terreno é inflamada en divinos amores, cautivaban el corazón de Mariana y absorbían sus potencias y sentidos en las horas consagradas á la piedad.

Miradla en sociedad con sus amigas. En su porte noble y en sus vestidos resplandece la modestia; en sus modales y atenciones la cultura distinguida sin afectación; en sus conversaciones y palabras la dulzura, la sencillez y la ingenuidad. No es mustia ni sombría, no revela la expresión de su semblante desconfianza que lastima, ni familiaridad que repugna.

Respetuosa, su mirar dulcísimo, su sonrisa llena de inocencia que cautiva, sus gracias y expansiones, todo ese conjunto de encantos, frutos de su alma elevada á Dios, hacen que su sociedad sea la felicidad de sus amigas.

No habla de cosas vanas ni mundanas, que son el

tema favorito de la joven disipada; ninguna ligereza ó inclinación á novedades juveniles preocupan su atención; no habla de sí misma, ni de hechos ajenos que no sean edificantes. Con aquella habilidad que inspira el temor de Dios y el vivo deseo de llevar á todos el amor divino, hace que sus conversaciones sean gratas, consoladoras y espirituales. Las horas son instantes en su compañía, y sus amigas se retiran felices, con nuevos deseos de volver á verla, oirla y estar con ella.

Contempladla en su misión de hacer el bien. Muerta á sí misma, esto es, al egoismo, sólo vive para Dios y para el bien. En su alma juvenil se anidan las aspiraciones del apóstol, pues por convertir á la fe á los pueblos que yacen en sombras de muerte, anhela ir á verter por ellos su sangre; siempre dispuesta á sacrificar sus bienes, su salud, su vida, por hacer conocer y amar á Dios si le fuera dado al mundo entero; cifra sus encantos en enseñar á la infancia y á los pobres desvalidos la doctrina cristiana y todo lo que su inflamado celo le inspira.

Los ayes y dolores ajenos, la ruina de las almas y su perdición eterna, los males y calamidades de todo género, de la Iglesia, de su patria, del mundo entero, conmueven hondamente su tierno y compasivo corazón; y no estando á su alcance remediar tantas desventuras, derrama torrentes de lágrimas, hace penitencia y desahoga su dolor ante Dios con su oración ferviente que todo lo alcanza.

Nunca se vió joven más patriota que Mariana de Jesús. Si no le fué dado, como á Juana de Arco, ser el numen de la victoria en los campos de batalla, alcanzó como ella á salvar á su patria con el sacrificio de su vida,

librándola de males que todos los ejércitos del mundo no hubieran alcanzado á conjurarlos.

Hé ahí el modelo de la joven cristiana en el hogar, he ahí la esbelta figura radiante que la Iglesia propone como modelo á la juventud femenina de nuestro continente y del mundo entero. Contempladla, oh jóvenes cristianas, es una de vosotras; se ha despojado de las pequeñeces de su sexo, de las efímeras preocupaciones con que el mundo tiraniza á las jóvenes de su edad; y en alas de la fe, de la esperanza y del amor á Dios se ha encumbrado, como águila, á las sublimes regiones del heroismo, y se ha hecho inmortal y gloriosa en el tiempo y en la eternidad.

X. X.

LA NIÑA DE LA ESTRELLA (1)

ó

LA AZUCENA DE QUITO

ROMANCE

A orillas del Cauca undoso,
Dulce niña de la Estrella,
Para bendecir tu aurora
Entono mi cantinela.
La majestad de estas aguas
La calma de estas riberas
El vago rumor del viento
Retozando en las florestas,
La soledad que apacible
Me conmueve y embelesa
Y el explendor de ese cielo
Que abriga tanta belleza,
A cantarte me convidan,
Fragantísima Azucena,
Flor de mis nativos valles,
¡Prez y encanto de mi tierra!

---

(1) Los contemporáneos de la B. Mariana de Jesús la llamaban *La Niña de la Estrella*, á causa de un foco luminoso á modo de estrella, que apareció sobre la casa el día de su nacimiento.

¿Qué importa que mis acentos
Se confundan ó se pierdan?
¡Tú aceptarás, oh Mariana,
De mi amor la pobre ofrenda!

*
* *

Es de noche; hondo silencio
Por todas partes impera
De la gran ciudad de Quito
Entre las calles desiertas.
Su pabellón recamado
El cielo sereno ostenta
Y sólo suspira el aura
En misteriosas querellas.
De súbito, peregrino
Resplandor se manifiesta:
A los rutilantes astros
Eclipsa una nueva estrella
Coronada de una palma
Deslumbrante de belleza
Cuyos airosos plumajes
Son otras tantas estrellas.
Sobre un antiguo palacio
De castellana grandeza
Que de virtud mil ejemplos
En sus escudos enseña,
Esa aparición divina
Sus resplandores proyecta.
¿Qué alumbran esos luceros?
¿Qué anuncia esa nueva estrella?

*
* *

En ese feliz instante
De Quito es la noble tierra,
Pensil de aromadas flores,
Cuna de tanta belleza
Al soplo divino brota
Una graciosa azucena,
Para lustre de su Patria
Y corona de la Iglesia.
Pura como una alborada
Como la vida, risueña,
¿Del Paraíso perdido
No eres tú, flor hechicera?
¡Cómo envidian tu fragancia
Rosas, violas y azucenas!
Bella flor, desde el capullo
De las flores eres reina!
En tu graciosa corola
Relicario de inocencia,
De los tesoros del cielo
Puso Dios brillantes perlas,
Y un serafín abrasado
Guarda la sellada puerta
De ese cáliz, donde el fuego
Del divino amor se incendia.

*
* *

La gracia, cual manto de oro,
Cubre tu alma predilecta

Y las virtudes y dones
Como joyas y preseas
Forman en tu pecho un cielo
Sembrado de mil estrellas.
¡Dios mismo en alma tan noble
Halla dulces complacencias!
Sí, la Trinidad augusta
Su trono en tu pecho eleva
Y las divinas Personas
De sus carismas te llenan.
Irradia en tu frente pura
Rayo de increada ciencia,
Y á su fulgor inefable
La Deidad tu alma contempla.
En esas calladas horas,
Fuera de sí tu alma bella
Al suave impulso mecida
De la gracia, onda serena,
En Dios absorta la mente.
Y olvidada de la tierra,
La lira de los querubes
Rasga tu púdica diestra
Y en melodiosos raudales,
El amor que te enajena
De tu corazón se escapa
Como encendida saeta
Y abrasa en su dulce llama
A las celestes Doncellas
Que por unirse á tu canto
La mansión eterna dejan.

*
* *

De virtudes alto ejemplo
Es tu preciosa existencia:
En ese ideal dechado
Copia el niño la pureza;
La virgen, el pudoroso
Manto de sin par modestia;
La matrona, el noble instinto
De caridad y clemencia;
El jóven, el patriotismo;
El hombre, la fortaleza,
Y hasta el ángel, con asombro,
En ese espejo, contempla:
El amor y vivo anhelo,
El acierto y alta ciencia,
Con que los mandatos cumple
De la omnipotente Diestra.

*
* *

¡Eres á la vez, Mariana,
Blanco lirio y suave estrella:
Purificas con tu aroma
El ambiente de la tierra,
Y señalas con tu brillo
De los cielos la ardua senda!
Mas, como de flor, tu vida
Fué corta, pura y risueña:
El amor te dió hermosura,
Perfumes mil la pureza,

Lozanía un cruel martirio
De asombrosa penitencia
Y en fin, plegó tu corola,
¡Rico tesoro de esencias!
El mismo amor que la vida
Para otro jardín te diera
¡Ah! para el Edén nacida,
Tierna Virgen de la estrella,
Los ángeles te llevaron
Entre conciertos de fiesta.
De entonces hay en el cielo
Un ángel más, y en la tierra
¡Vasto erial de amargo llanto!
Faltan ¡ay! las **Azucenas**!

RAFAEL DEL POZO,
C. S. S. R.